

Lucia Gil

# Mientras dure el verano



*Mientras dure el  
verano*

Lucía Gil

Esencia/Planeta

© Lucía Gil, 2020  
© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.esenciaeditorial.com  
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Sophie Güet

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: mayo de 2020  
ISBN: 978-84-08-22715-1  
Depósito legal: B. 6.777-2020  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rodesa  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.  
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*A todas las personas que me hicieron llorar. Gracias a vosotras  
empecé a escribir alguna de las reflexiones de este libro.*

*A todas las que me hicieron reír. Gracias a vosotras pude terminarlo.*

*A mis padres. No los elegí, pero no los cambio.*

*Si estáis vosotros no me falta nada...*

*A mi hermana, la persona con más talento que conozco.*

*Juntas somos el mejor equipo.*

# Capítulo 1



Vera

Siempre digo que vivimos con prisa. Mucha prisa..., demasiada.

La sentimos a la hora de consumir, de elegir la carrera que encaminará nuestro futuro, de encontrar el trabajo de nuestros sueños, el amor de nuestra vida...

Y nos frustramos si las cosas se tuercen o no salen del todo como las habíamos pensado, porque estamos diseñados y educados para tratar de ser perfectos desde el principio, sin oportunidad para fallar, para equivocarnos, para cagarla.

Pero lo cierto es que, por mucho que la prisa nos pise los talones e intentemos que todo nos salga impecable, vamos a errar. Muchas veces. Demasiadas. Porque equivocarse es inherente al ser humano. ¿Y sabéis qué? Que en la mayoría de los casos... no pasa nada.

\* \* \*

No sé cómo se hace el café en esta máquina.

Llevo aproximadamente cinco minutos tratando de entender lo que hay que hacer para que empiece a funcionar. ¿Cómo puede ser que no esté tranquila en la oficina ni un viernes?

Mientras toco todos los botones pretendiendo que se produzca el milagro, procuro estar atenta para que nadie note que no tengo ni pajolera idea de cómo manejar este aparato.

No entiendo por qué han tenido que cambiar la cafetera que teníamos antes, si funcionaba perfectamente y era muy fácil. El

botón verde para encender y el rojo para apagar. Como toda la vida.

¡Mierda! Acabo de darme cuenta de que Roberto no me quita ojo desde la mesa de su despacho. Quizá sólo está embobado mientras habla por teléfono mirando a un punto que, casualmente, ha coincidido con el mío.

O tal vez se está coscando de toda esta escenita y está pensando en lo «patosa» que es su empleada.

«Patosa» es una palabra que Roberto tiene constantemente en la boca.

Qué curioso que el masculino de la misma no se le escape tanto.

«Vera, corazón, hoy estás un poco patosa», «Vera, ¿eres igual de patosa para todo?»...

Yo creo que esta máquina debe de tener algún sensor de movimiento. No me quedan más opciones por probar, así que me dispongo a mover las manos como si de una karateca se tratara, sin perderle del todo el miedo al ridículo y sin quitar el ojo que tengo en el culo para vigilar a mi jefe, cuando oigo desde lejos la voz de mi ángel de la guarda.

—No te apañas con esto, ¿verdad? —dice Zoe con su amplia sonrisa.

Yo no sé cómo lo hace. Pueden ser las ocho de la mañana del peor día del mundo y ella SIEMPRE te estará sonriendo.

—Tía, sálvame. No tengo ni idea de cómo hacer...

—Es muy fácil, no te preocupes. Mira, tiras de esta piececilla, le das al botón rojo y listo. Ya lo tienes. Tómatelo rápido, que te va a hacer falta. ¿Estás preparada? —murmura mientras me da el café.

—Lo estoy. Vamos a por todas. Voy a buscar a Nuria y entramos a la reunión —digo totalmente segura.

Proponer algo en Faces of Today nunca es fácil. Pocas veces aceptan tus propuestas. Pero estoy tan convencida de que en esta ocasión será diferente...

Tiene que serlo.

Todos los años, Roberto, el jefe, prepara un proyecto por parejas en el que el objetivo es encontrar un nuevo actor que será representado por la agencia.

Nuria y yo llevamos mucho tiempo preparándonos para esta reunión. Horas y horas invertidas en la búsqueda de nuevos talentos.

Hemos visto aproximadamente diez obras teatrales y más de cincuenta películas en los tres últimos meses para dar con el candidato o candidata perfecto.

Lo tenemos todo atado y ensayado al milímetro para que nada se nos escape a la hora de presentar a Andrea Domingo.

Mientras le doy el último sorbo al café, llamo con un gesto a Nuria, que viene cargada con la carpeta que contiene nuestra presentación.

—Bueno, *alea iacta est*. Que sea lo que tenga que ser... —me dice mientras me guiña el ojo intentando tranquilizarme. Nuria es puro nervio, pero también la calma cuando más se necesita.

—¡Esto es nuestro, Nuri! —contesto tratando de convencerme a mí misma.

—Mira..., y si resulta que no nos hacen ni caso, pues... nos da igual, porque esta noche vamos a hincharnos a tequila. Eso te lo digo yo —me responde entre risas.

Qué suerte tengo de trabajar con ella. De verla y aprender todos los días.

Con Nuria comparto mis lunes grises y mis sábados de borrachera.

Mis secretos más secretos y todas las tonterías que se me pasan por la cabeza. Por compartir comparto casi hasta el cepillo de dientes.

No, eso es mentira, pero alguna vez sí que hemos estado a punto de confundirlos porque son parecidos y ocupan el mismo vaso.

Vivir con Nuria es despertarte con una nota nueva cada día en la nevera.

Es esa amiga que te sujeta el pelo cuando potas y no te juzga porque le presentas cada fin de semana a una persona diferente mientras desayunas un domingo tan tranquila en el sofá de casa.

\* \* \*

Son las nueve en punto de la mañana y Nuria y yo nos sentamos una al lado de la otra alrededor de la mesa del despacho de Roberto.

Mientras ordenamos todos los documentos que vamos a exponer, entran en la sala Leo y Mario, debatiendo de fútbol.

No entiendo cómo segundos antes de empezar la reunión son capaces de hablar de la paliza que se llevó anoche el Madrid.

—Buenos días, chicas, ¿lo tenéis todo preparado? —dice Leo con su habitual forma de sonreírnos por la mañana.

—Todo en orden, gracias y suerte —contesta Nuria cortante, tratando de evitar mantener cualquier tipo de conversación que pueda distraernos.

Os juro que esta oficina huele a ratón. Nada más entrar, lo notas...

Realmente no sé a qué huele un ratón, pero siempre me imagino que es algo parecido al olor a humedad.

Tengo la manía de asociar cada recuerdo a un olor. Antes, me gustaba, porque sentía que venía a trabajar con toda la ilusión del mundo, pero desde hace tiempo este curioso tufo incluso me marea.

El único que tiene el poder de solucionarlo es Leo. Lleva una de esas colonias que te atrapan. Las típicas que dejan su estela cuando la persona ya se ha alejado. De las que duran todo el día, pero no son pesadas.

Leo me puede caer regular, pero tengo que admitir que huele increíble.

—Buenos días a todos —dice Roberto impostando la voz—. Como sabéis, hoy decidiremos cuál es el candidato que será representado por Faces of Today. Gracias a todos por el esfuerzo invertido. Primero, vamos a hacer un sorteo para establecer el orden de la exposición. Escribid un número del uno al cuatro en un papel.

Cómo le pega ser jefe... Es el típico señor que interpreta a un personaje con el único objetivo de mandar. Hay personas que disfrutan teniendo el poder y la sartén por el mango. Él es una de ellas.

Elijo el número tres, que es mi preferido, deseando realmente que Roberto no lo haya escrito en su papel. Prefiero que Mario y Leo expongan antes.

Miro de reojo el número que ha escrito Nuria: el dos.

Cuando parece que los cuatro estamos preparados, les damos la vuelta a nuestros folios. ¡Bien! Mario ha coincidido con el número del jefe: el cuatro. Empiezan ellos.



Nuria y yo no tenemos ni idea de la propuesta de los chicos, pero estoy tan contenta con mi trabajo que intento relajarme mientras Leo comienza a hablar.

—Nuestra propuesta es directa. No sólo necesitamos talento. También tenemos que llegar al público. Construir la carrera de una actriz desde cero puede sonar muy bien, pero es utópico —apunta Leo mientras saca de su carpeta unos papeles. Me temo lo peor...

—Seguidores. Tirón en redes y movimiento de marcas. ¿Por qué contar con una cara desconocida pudiendo conseguir alguien que ya viene con los deberes hechos de casa? —añade Mario.

Los dos siguen hablando y yo no doy crédito. Ahora sí que estoy convencida de que el trabajo de estos meses tiene que dar sus frutos.

—Su nombre es Lorena Nanini. Es una italiana afincada en Madrid desde hace cinco años. Trabaja como modelo. Lorena tiene quinientos mil seguidores en Instagram. En su cuenta muestra sus exclusivos viajes, sus rutinas de belleza, sus *outfits* diarios... Creo que esto conecta directamente con el sector femenino, ya sabes, ahora que está tan de moda el feminismo. Nunca ha actuado antes, ni se ha puesto delante de una cámara..., pero tenemos la seguridad de que con un poco de entrenamiento podrá hacerlo a la perfección —defiende Leo ante la mirada atenta de Roberto mientras nos enseña su perfil.

Nuria y yo nos miramos de reojo. No hace falta hacer ni una sola mueca para entender lo que ambas estamos pensando: ¿se le ha ido la cabeza?

Por un momento siento que las paredes de cristal del despacho son muy parecidas a una jaula en la que comparto oxígeno con individuos que piensan muy diferente de como yo lo hago.

¿Que el feminismo está de moda?... Espero que realmente no piense todo lo que dice y sólo sea una de sus tácticas para encandilar al jefe. Esos comentarios son los típicos que con Roberto suman puntos.

—Podríamos estar toda la mañana hablando, pero creo que es mejor que la conozcáis en persona —dice Mario mientras Zoe le abre la puerta desde fuera.

Es Lorena. Una chica de unos veintisiete años, no demasiado

alta, con una melena muy larga rubia, conjuntada de pies a cabeza, con un vestido color camel, unos tacones de infarto y unos pendientes extragrandes. Entra en el despacho con una sonrisa de oreja a oreja.

Nuria no para de darme golpecitos por debajo de la mesa.

—Carillas. ¡Lleva carillas! —me susurra al oído.

No puedo evitar soltar una leve carcajada.

¿Conocéis esa sensación que se produce cuando lo encuentras todo tan ridículo y fuera de lugar que lo único que puedes hacer es reírte? Pues creo que Nuria y yo nos hallamos en ese punto.

Roberto tiene la mirada completamente atenta, más de lo habitual... Parece que está encantado con la visita de la chica. De pronto le hace a Mario un gesto agitando la mano en señal de aprobación del que Lorena se cosca. Ella sonríe. Espero que la pobre no se esté dando cuenta de lo que eso significa.

Nuria y yo nos miramos. Por primera vez siento tanto asco que me dispongo a decir algo, pero mi amiga me pone rápidamente la mano en la pierna para que no lo haga.

Este despacho, en el que se supone que se deberían estar tratando temas serios, se ha convertido en un escaparate.

Lorena es un trozo de carne, y Roberto es el cliente que babea tras el cristal imaginándose la en el plato.

—Tranquila, Vera, ahora vamos nosotras —me calma Nuria.

En cuanto Lorena sale del despacho, Mario y Leo terminan de exponer y guardan todos sus documentos.

Zoe pasa en ese momento cerca del despacho y nos mira desde fuera. Nos guiña un ojo y leo en sus labios un «suerte». No sé qué hice en la otra vida para tener las amigas que tengo. A veces pienso que no me las merezco...

La primera en romper el hielo soy yo. Estoy nerviosa, pero totalmente segura de que tenemos un proyecto mucho más sólido.

—Nuestra propuesta es Andrea Domingo. Tiene treinta y dos años, y la conocimos haciendo la obra «Oro rosa» en Microteatro. Ella es actriz, pero también autora de la misma. Lleva veinte años en la profesión, pero nunca ha tenido una verdadera oportunidad. La función es increíble. Ella interpreta a un personaje que despiert-

ta la ternura, pero desde el lado más cómico —digo totalmente emocionada.

Roberto me escucha con atención. Parece haber olvidado la presentación de los chicos.

Comienzo a relajarme. La cosa pinta bien.

—Andrea es una actriz versátil, camaleónica, capaz de hacerte reír y llorar en tiempo récord. Cuando salimos del teatro, oíamos los comentarios de la gente y todos hablaban bien de ella —argumenta Nuria mientras enseña la biografía y la foto de Andrea.

—Además, es mamá de dos niños preciosos, y es una mujer muy comprometida con el medio ambiente y las injusticias sociales. En su perfil de Instagram muestra su estilo de vida —continúo exponiendo.

—¿Cuántos seguidores tiene? —pregunta interesado Roberto.

—Tiene diez mil seguidores.

No sé a qué viene esa pregunta... Si nos ponemos a comparar con los seguidores de Lorena, salimos perdiendo de calle.

—Actualmente trabaja en una tienda, porque la función que representaba acabó, pero os hemos traído el vídeo promocional de la misma y otro con más material suyo —concluye Nuria conectando su teléfono a la televisión para poder verlos en pantalla grande.

De repente noto en el bolsillo del pantalón el mío vibrando. Es mi madre. Estoy convencida de que esto debe de ser una señal de buena suerte.

Discretamente, miro el móvil por debajo de la mesa y veo que me ha escrito un whatsapp.

Cariño, ¿mañana quedamos entonces para comer en casa?

Qué graciosa. Habrá tardado en escribir ese mensaje aproximadamente diez minutos. Luego le contesto.

El vídeo de Andrea Domingo ya se está reproduciendo y todos miran interesados. Es puro talento. Nuria y yo nos miramos orgullosas, y yo consigo quitarme la presión y los nervios que me han

acompañado estos últimos días. Por fin me siento completamente aliviada.

Roberto agradece a todos los que estamos en su despacho el esfuerzo, la dedicación y las ganas que le hemos puesto al proyecto y empieza a dar un discurso sobre la importancia de las redes sociales en estos últimos años. Esto empieza a sonarme demasiado mal. Mario y Leo asienten con la cabeza a todo lo que el jefe dice, haciéndole sentir respetado.

—Creo que lo mejor para la agencia es que nos quedemos con Lorena. Es fresca, guapa, divertida, simpática... —suelta de golpe.

—¿Divertida y simpática? Pero, Roberto, si no la conoces... —dice Nuria intentando hacer que entre en razón.

—Ni falta que me hace. Sus quinientos mil seguidores la avalan. Chicas, muchas gracias, de verdad. Vuestra propuesta me encanta, pero no cuadra con lo que estamos buscando ahora mismo en Faces of Today.

No doy crédito. ¿Desde cuándo los seguidores miden el talento de una persona? ¿Desde cuándo estoy trabajando para una agencia que ya no toma en serio a sus actores?

Estoy tan enfadada que sólo quiero llorar y gritar de rabia. Nuria y yo recogemos nuestras cosas mientras Roberto y Mario abandonan el despacho comentando la jugada. Qué falta de tacto, ¿no?

Mi amiga me da un beso en la frente con mucha fuerza.

—Voy a hacer un par de llamaditas —me dice mientras hace un gesto señalando su móvil y guiñando el ojo. Creo que está gestionando la fiesta de esta noche.

La de hoy va a ser la típica borrachera poscastañazo. Empiezas triste, pero..., bah..., yo qué sé, alguna copilla te tomas, y cuando quieres darte cuenta ya llevas cuatro y estás perreando encima de la barra del bar. Esto a mí me pasa menos..., pero Nuria... Nuria es una experta.

Me he quedado sola con Leo en el despacho. Nunca sé muy bien de qué hablar con este chico.

Me pone nerviosa su forma de ser con el mundo, sin embargo, conmigo siempre ha sido muy agradable.

—Lo siento, tía. Vuestra propuesta era chulísima. Qué pena que no puedan cogerlas a las dos —me dice de una manera que parece sincera.

—Ya, Leo, ya..., pero tú lo has visto: a veces lo «chulísimo» no es lo que funciona.

—No te preocupes, Vera. Creo que estás haciendo un trabajo increíble aquí. Hoy no ha salido, pero ya saldrá. Y ¿sabes una cosa? Odio competir. No me gusta que nos hagan hacer esto.

Lo de que no le gusta competir no me lo termino de creer.

—Bueno, no pasa nada. Gracias, Leo, otra vez será —contesto con una media sonrisa.

—Por cierto, ¿cuando salgamos haces algo? Te invito a un café. Últimamente no hablamos nada...

¿Me acaba de invitar a un café? Siempre me asusto ante los excesos de amabilidad y preocupación cuando no vienen a cuento. No he ido a tomar un café sola con Leo NUNCA. Y tampoco tengo tanta relación con él como para contarle mis problemas más allá de que no haya sabido encender la cafetera hace un rato.

—No puedo, Leo, esta tarde tengo muchas cosas que hacer. Otro día ¿vale? —digo mientras abandono el despacho.

Zoe me espera en la puerta para darme un abrazo. Ella sonrío, porque da igual lo que pase, siempre lo hace. Vuelve a sonar mi teléfono, es mi madre otra vez. Se lo cojo y quedamos para comer mañana a las dos y media en su casa.

Por mucho que tenga un jefe asqueroso, o un trabajo que cada vez me convence menos, no me falta nada si mi familia y mis amigas están conmigo, porque son lo mejor que tengo.

\* \* \*

Son las once de la noche. Zoe y Nuria han pedido un Glovo de sushi, mientras que yo estoy terminando mi plato de humus con zanahorias. Sí, soy vegetariana. Y, sí, a veces es un coñazo. Las tres nos hemos servido una copa de vino para empezar a entonarnos. Estamos sentadas en el suelo, alrededor de la mesa de cristal del salón. Nuria nos informa del plan.

Ella siempre tiene uno organizado si salimos por la noche. Habla de ir a un garito en el que toca una bajista que le gusta.

—Esto es lo que hay. Vamos a ver a su grupito de música. He hablado con ella antes y parece que está muy receptiva —dice emocionada.

—Tía, los bajistas siempre son un coñazo. Los que nadie quiere de la banda. Molan más los guitarristas. ¿No hay ninguna guitarrista mona? —digo riéndome. Empiezo a notar el mareíto del vino.

—Vera, ¿ya estás pedo? —pregunta Zoe.

—Claro, cabrona..., con una triste zanahoria en el cuerpo..., ¿cómo no me va a subir rápido? —contesto mientras me termino la copa de un sorbo.

Cuando quiero darme cuenta, estamos bajándonos del Cabify y entrando en el local, que se llama Honky Tonk. No había estado aquí en mi vida. Bajamos a la planta de abajo, donde es el concierto. Menudo bajón, esto está lleno de viejos. Viejos melenudos, de espíritu joven, no me cabe duda, pero viejos, al fin y al cabo. Nuria ficha desde lejos a su bajista, que se pispa de su presencia y le lanza un beso.

—Mira cómo se esmera ahora que te ha visto —le digo dándole un golpecito en el brazo.

—Cállate, boba —contesta vergonzosa.

Escuchamos unas cuantas canciones y por un momento me doy cuenta de que he olvidado por completo la mañana tan mala que hemos pasado en el trabajo. Estamos saltando y bailando como si nos supiéramos todos los temas. Cuando el concierto termina, Zoe y yo nos acercamos a la barra a pedir estratégicamente la cuarta cerveza para dejar que Nuria y la bajista hablen. Es una tía que parece divertida, llena de tatuajes, con el pelo rojo y vestida con colores fuertes.

A pesar de querer ser lo más discretas posible, miramos varias veces de reojo la escena. Nuria está en su salsa, es definitivamente una profesional del tonto. Creo que debería darnos unas cuantas clases a todas.

Me acuerdo de repente de la invitación de Leo al café después del trabajo y se lo cuento a Zoe.

—No me extraña nada. Tía, que yo llevo pensando que le gustas meses... —dice completamente segura.

Yo no lo tengo tan claro. Creo que sólo es amable porque no quiere que haya piques entre los departamentos.

—No, Zoe. Yo no soy su tipo para nada. ¿Te imaginas? Yo con Leo, menudo castigo..., ja, ja, ja —contesto imaginándome por un momento casada, con tres perfectos niños que se llamen Borja, Bosco y Cayetano y yendo a misa todos los domingos. Esta información no me la invento. Un día dijo que su modelo ideal de familia era parecido a ése.

Cuando giramos de nuevo la cabeza, vemos cómo Nuria está totalmente inmovilizada contra una columna por la bajista. Somos capaces de distinguir desde lejos el movimiento de las dos lenguas. ¡Qué burras! Zoe y yo nos partimos de risa y decidimos entablar conversación con el grupo de los viejos heavies, que también está en la barra. Nos caen bien. Son agradables y sólo quieren debatir sobre música. Pierdo la cuenta de las cervezas que hemos tomado, y entre AC/DC, Metallica y Guns N' Roses se nos pasa la noche. Encienden de golpe las luces de la sala. Creo que nos están pidiendo que abandonemos. Miro la hora en el móvil: las cinco en punto.

Nos acercamos a Nuria, que entiende que debemos marcharnos, y pedimos un Cabify de vuelta. Esta vez somos cuatro. La bajista también se viene.

Cuando voy un poco ebria siempre pienso en la de historias que han tenido que escuchar los conductores. Trabajar por la noche llevando y trayendo personas puede ser de dos formas: muy divertido o muy duro. En el caso de Marco Antonio, que es el señor que nos está acercando a casa, espero que sea la primera.

Nuria va entretenida en la parte trasera con su bajista y Zoe, a su lado, sujeta la vela mientras habla conmigo. Menudo cuadro, ja, ja, ja..., pobre Marco Antonio.

Cuando llegamos a casa, Nuria se despide de nosotras y sube acompañada a la planta de arriba, donde está su habitación. Zoe y yo decidimos quedarnos abajo viendo la tele. Ponemos Netflix y nos tapamos con una mantita en el sofá. Es abril, aún hace un poco de frío.

Es increíble vivir en este dúplex. Las tres juntas, con muchísimo espacio y en pleno Malasaña.

La primera vez que entré, no me lo podía creer. Era el piso más grande que había visto en el centro de Madrid. Con terraza, dos plantas y un montón de habitaciones.

Nuria me propuso venir hace casi un año, cuando heredó la casa, que era de sus abuelos.

Su familia es rica. De esas que ya no necesitan ni siquiera trabajar, pero ella siempre ha querido ser independiente y vivir un poco al margen. Además, ama su trabajo. Pero, claro, con el dinero que ganamos no llegaríamos a pagar ni la mitad de la casa.

Yo colaboro pagando los gastos de comida, luz, agua...

Zoe, como es becaria, no tiene ingresos (a pesar de que ya lleva más de un año en la agencia), y aunque su familia la ayuda como puede, vive en la casa sin pagar nada, a cambio de poner lavadoras, lavavajillas y planchar la ropa. Es un trato al que llegaron hace unos meses, porque Zoe no encontraba piso en Madrid.

Cuando quiero darme cuenta, mi amiga se ha quedado totalmente frita en el sofá, así que apago la tele y no me queda otra que cerrar los ojos e intentar dormir. Con tanta cerveza... me va a costar.

\* \* \*

El sonido del móvil me despierta de un salto, y me doy cuenta por la luz que entra en el salón de que ya es de día.

¡Qué susto! Son las dos y media.

A los cinco segundos de abrir los ojos noto que me mareo. La resaca. Soy tonta... Debería haber bebido unos cuantos vasos de agua antes de irme a dormir. Es mi madre.

—Vera, te estamos esperando, ¿vas a venir a comer? —me dice preocupada.

—Sí, sí, sí, claro, mamá, perdona, me he dormido, salgo rápido —contesto intentando que no se note mi voz ronca.

No me puedo creer que se me haya olvidado poner la alarma. Me visto corriendo y salgo a la velocidad de la luz por la puerta.

Lo que siempre digo. Vivimos con prisa. Con mucha prisa...